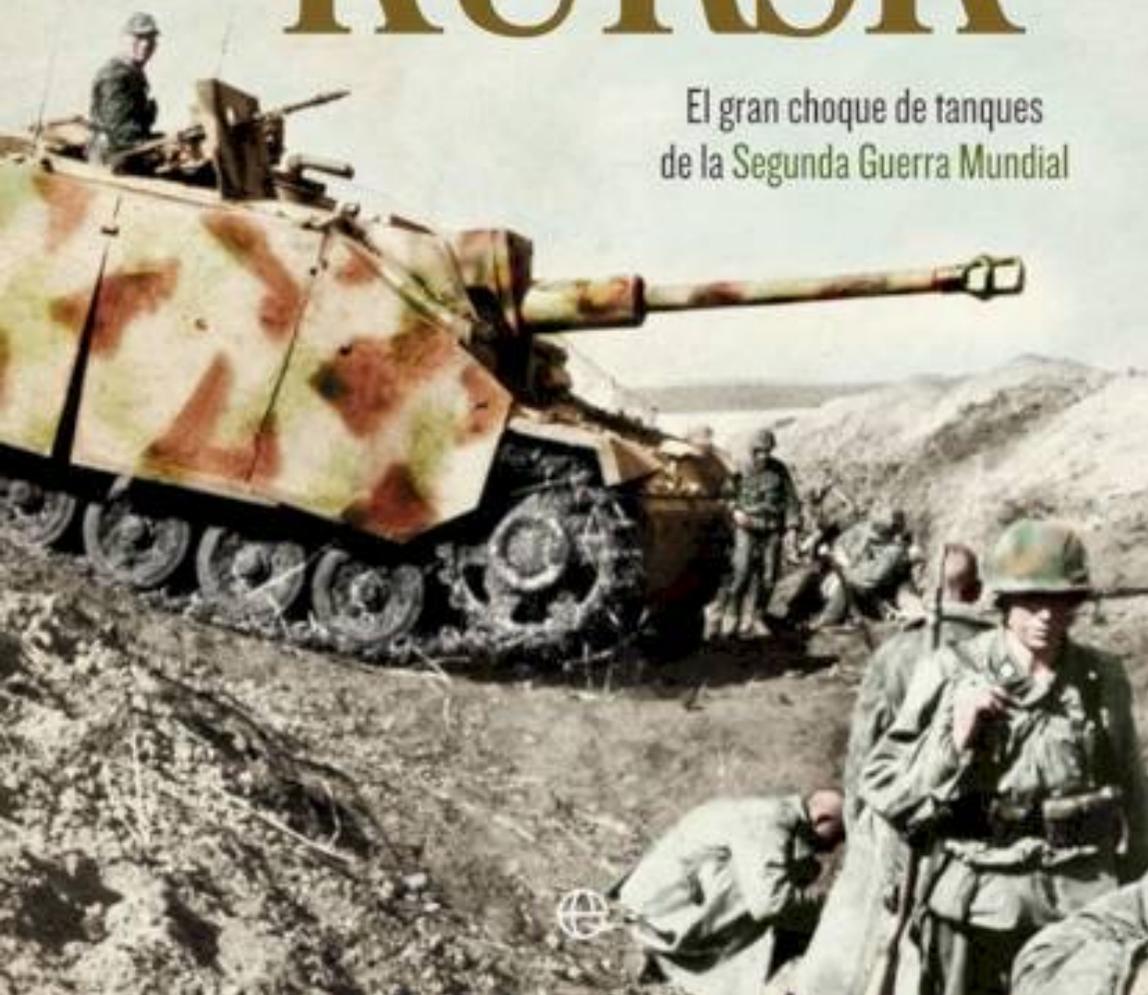


DENNIS E. SHOWALTER

LA  
BATAJLA  
DE KURSK

El gran choque de tanques  
de la Segunda Guerra Mundial



# Índice

Lista de mapas

Introducción

Orden de batalla de la operación Ciudadela

1. Génesis

2. Preparativos

3. Ataque

4. Lucha cuerpo a cuerpo

5. Decisiones

6. Duros golpes

7. Encrucijadas

Conclusión. Puntos de inflexión

Referencias bibliográficas

Agradecimientos

Guía de lectura adicional

Notas

Créditos

## Lista de mapas

Frente Oriental: principios de marzo de 1943  
Sector de Kursk: 4 de julio  
Ciudadela: defensas soviéticas y el saliente de Kursk  
Asalto alemán sobre el sector noroccidental del saliente de Kursk  
Sector de Manstein: 5-17 de julio  
Alternativa: Prokhorovka  
Contraataque proyectado de Vatutin. 12 de julio  
Destacamento de Ejército Kempf al final del 12 de julio  
Prokhorovka. 12 de julio  
Operación Kutusov. 13 de julio  
Hacia el Dnieper. Julio-septiembre de 1943

## Introducción

La batalla de Kursk es una paradoja continua. Por una parte, se la describe habitualmente como una epopeya militar: la mayor batalla de tanques de las historia, el primer paso en el camino del Ejército Rojo hacia Berlín, un examen definitivo de los sistemas militares y políticos nazi y soviético. Por otra, es extrañamente borrosa. Comparada con Stalingrado o Barbarroja, permanece oscura, y su narrativa fomenta tanto el mito como la historia.<sup>1</sup> En el contexto de la historiografía sobre la Segunda Guerra Mundial en lenguas occidentales, en particular en inglés, Kursk es parte de un desequilibrio que se concentra en las operaciones anglo-americanas. La verdadera magnitud de la lucha, la ausencia de unos puntos de referencia culturales y políticos significativos, y un comprensible interés por las hazañas de sus propios países se combinan en una literatura que reconoce la guerra ruso-germana después de Stalingrado como un factor vital en el desarrollo y resultado final del conflicto, pero queda restringida a la periferia en términos de recuento de páginas.<sup>2</sup>

Un reciente desarrollo en la historiografía de la guerra ruso-germana la integra dentro de perspectivas relacionadas con la guerra total y el genocidio. Algunas veces se convierte en central, como en *La guerra del mundo*, de Niall Ferguson, y en *Tierras de sangre*, de Timothy Snyder. En otras obras, como *Ostkrieg*, de Stephen Fritz o *La guerra de los ivanes*, de Catherine Merridale, Kursk, cuando

aparece, se convierte en una nota a pie de página dentro de una historia más amplia de armagedón y apocalipsis.

En el contexto de la guerra ruso-germana como objeto de análisis militar, Kursk sigue mezclada con lo que el Instituto de Historia Militar de Alemania, el *Militärgeschichtliches Forschungsamt*, denomina el «año perdido»<sup>3</sup> (desde el verano de 1943 al verano de 1944), un periodo de ignominiosas retiradas en el bando alemán y no menos ignominiosas victorias para los soviéticos —ambas alcanzadas a un coste excesivo y que no ofrecen demasiada inspiración o valor para los estudiosos del arte/ciencia/oficio de la guerra—. En ese sentido, Kursk se convierte en un equivalente a *Passchendaele* y *Chemin des Dames* en la Primera Guerra Mundial, o a la batalla de la *Espesura* de la Guerra Civil americana: un homenaje al duro combate sin inspiración y al colosal sufrimiento humano.

Bastante antes de que *El rostro de la batalla* de John Keegan llamase la atención de los escritores de temas militares, alejándola de los movimientos en un mapa de abstractos bloques rojos y azules y enfocándola sobre los mecanismos de batalla tal como se aplican en los hombres en el crudo final, Kursk generaba relatos de recuerdos y explicación. Surgieron dos narraciones principales.<sup>4</sup> La versión alemana describía una lucha heroica, desgastando a los infinitamente superiores defensores soviéticos, llegando al clímax con la destrucción, por parte del Cuerpo Panzer SS, del Quinto Cuerpo Mecanizado de la Guardia en Prokhorovka, tan solo para ver frustrada su victoria por la microgestión e indecisión de Hitler. La homóloga soviética describe un ataque alemán triturado en primer lugar por un sistema de fortificaciones científicamente creado y defendido de manera intrépida, y más tarde derrotado por el arrojado ataque del Quinto Cuerpo Mecanizado de la Guardia en Prokhorovka.

Hasta hace poco tiempo, ha resultado complicado abordar las contradicciones entre las dos ideas debido a un

virtual monopolio alemán de las narrativas del frente Oriental.<sup>5</sup> La determinación de la URSS de controlar la historia de la Gran Guerra Patriótica se complementó con un desaliento de la memoria y los recuerdos en todas las graduaciones militares de la Unión Soviética, desde soldado raso a mariscal. En la época post-soviética, la mejora en el acceso a los archivos, las memorias y los campos de batalla se ha combinado con los desarrollos posteriores a la reunificación en la historiografía militar alemana para revitalizar y, de hecho, revolucionar la escritura académica y divulgativa sobre Kursk y sus matrices.

La intención general de este libro es sintetizar el material y las perspectivas que, en algunos casos, han sido confirmadas y en otros modificadas, reformadas o revisadas. Está estructurada operativamente, pero no tiene un enfoque operativo. Los acontecimientos de la batalla se usan para contextualizar temas más amplios de operaciones y estrategia, estructura institucional y política estatal, así como para transmitir parte de la dimensión humana del frente Oriental.

Este trabajo también tiene un propósito específico: estructurar y aclarar la nueva masa disponible de documentos oficiales, tácticos y personales, sobre la lucha. Kursk fue una batalla antes de que se convirtiera en algo más. Eso hace que valga la pena saber quién hizo qué, dónde, cuándo, con qué, a quién y, sobre todo, *por qué*. Esto requiere recopilar, comparar y criticar narraciones oficiales y personales, contextualizándolas en una geografía muy desconocida para todos, salvo unos pocos lectores potenciales, y luego presentar los resultados de una manera que sea comprensible sin ser condescendiente.

En aras de la claridad, el texto utiliza la ortografía rusa para las características geográficas. Aborda la diferencia de dos horas entre la hora oficial alemana y la rusa al citar la hora señalada por los sujetos de la narración: alemana cuando los actores son alemanes, rusa para los rusos. El

texto también minimiza las referencias a las oscuras aldeas y pequeñas alturas que eran los focos de atención habituales de órdenes e informes y que desafían los mapas tácticos más detallados y costosos. En cada caso de este tipo de decisión, el autor reconoce cualquier error de juicio y pide caridad.

En aras de otro tipo de claridad, las graduaciones militares de las *Waffen SS*, complejas desde el punto de vista lingüístico y ortográfico, han sido traducidas a sus homólogas del ejército de Estados Unidos.

El mismo reconocimiento y la misma solicitud se aplican al subtexto del libro. Es decir, evitar «pornografía de guerra», ya sea en contextos de heroísmo, patetismo, horror o voyerismo. Aunque no lograra nada más, ojalá se mantenga ese objetivo.

# Orden de batalla de la operación Ciudadela

## ALEMANIA

GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO —MARISCAL DE CAMPO GÜNTHER VON KLUGE

*9º Ejército —General Walter Model*

XX Cuerpo

*45ª, 72ª, 137ª, 251ª Divisiones de Infantería*

XLVI Cuerpo Panzer

*7ª, 31ª, 102ª, 258ª Divisiones de Infantería*

XLVI Cuerpo Panzer

*2ª, 9ª, 20ª Divisiones Panzer, 6ª División de Infantería*

XLI Cuerpo Panzer

*18ª Division Panzer, 86ª, 292ª Divisiones de Infantería*

XXIII Cuerpo

*78ª División de Asalto, 36ª, 216ª, 383ª Divisiones de Infantería*

GRUPO DE EJÉRCITOS SUR —MARISCAL DE CAMPO ERICH VON MANS-  
TEIN

*4º Ejército Panzer General Hermann Hoth*

XLVIII Cuerpo Panzer

*3ª, 11ª Divisiones Panzer, División de Granaderos Panzer Grossdeutschland, 167ª División de Infantería*

II Cuerpo Panzer SS

*Divisiones de Granaderos Panzer Leibstandarte SS, Das Reich, Totenkopf*

LII Cuerpo

*57ª, 255ª, 332ª Divisiones de Infantería*

DESTACAMENTO DE EJÉRCITO KEMPF —GENERAL WERNER KEMPF

III Cuerpo Panzer

*6ª, 7ª, 19ª Divisiones Panzer*

XI Cuerpo

*106ª, 320ª Divisiones de Infantería*

XLII Cuerpo

*39ª, 161ª, 282ª Divisiones de Infantería*

RUSIA

FRENTE CENTRAL —GENERAL KONSTANTIN ROKOSSOVSKY

*13º, 48º, 60º, 65º, 70º Ejércitos, 2º Ejército de Tanques,  
9º, 19º Cuerpos de Tanques*

FRENTE DE VORONEZH —GENERAL NIKOLAI VATUNIN

*6º, 7º Ejércitos de la Guardia, 38º, 40º, 69º Ejércitos, 1º  
Ejército de Tanques, 35º Cuerpo de Fusileros de la  
Guardia, 2º, 5º Cuerpo de Tanques de la Guardia  
5º Ejército de la Guardia, 5º Ejército de Tanques de la  
Guardia trasladados desde la Estepa como refuerzos  
durante Ciudadela*

## 1

## GÉNESIS

«¡Es el momento de escribir la última voluntad!», anotaba con amargura un soldado de asalto de las SS en su diario el 5 de julio de 1943, mientras aguardaba la orden de avanzar. A lo largo de la línea, los soldados soviéticos compartían sus propios chistes, como el del tanquista que informaba que casi todos en su unidad habían caído ese día. «Lo siento», señalaba, «me aseguraré de que me quemén mañana».

Todo el mundo en aquel gran campo de batalla sabía lo que estaba por venir. Al preparar la operación Ciudadela, Adolf Hitler y sus generales estaban aprovechando una ventana de oportunidad de alto riesgo: la última, la mejor ocasión de recuperar la iniciativa en Rusia antes de que el poderío material soviético creciera de forma abrumadora y antes de que los Aliados occidentales pudieran establecerse en Europa. Los rusos se enfrentaban a un exámen de graduación: una prueba de su habilidad para manejar una gran e intrincada batalla de armas combinadas contra un enemigo de primera clase, fuertemente armado y experimentado.

Durante semanas, los alemanes y los rusos habían estado acumulando hombres, tanques, cañones y aviones de todos los sectores del frente Oriental en, y alrededor, de un saliente de 160 kilómetros con epicentro en la ciudad ucraniana de Kursk, unos 640 kilómetros al sur de Moscú. Lo

único que quedaba por decidir era el momento de comenzar y los emplazamientos precisos, que la inteligencia soviética había sido incapaz de determinar. Adolf Hitler había pospuesto la fecha repetidamente. Al menos tres veces el alto mando soviético, conocido como la Stavka, había emitido falsas alarmas. Entonces, en la tarde del 4 de julio de 1943, los alemanes enviaron a sus hombres la señal infalible: una ración especial de aguardiente. Un alsaciano que servía en las Waffen SS desertó enseguida y convenció a un equipo de interrogadores de alto rango, incluido el comandante del frente de Voronezh, el general Nikolai Vatutin, y al consejero político de cuarenta y nueve años Nikita Krushev, de que la ofensiva alemana se pondría en marcha antes del amanecer del 5 de julio. Conceder a los alemanes la ventaja de la sorpresa táctica podría resultar fatal. Krushev informó rápidamente a Moscú. Josef Stalin devolvió la llamada y —según Krushev— le pidió su opinión, a lo que contestó que «haremos que el enemigo pague con sangre cuando intente avanzar». A las 10.30 de la noche, más de seiscientos cañones pesados y lanzacohetes comenzaron la obertura de la batalla de Kursk bombardeando las posiciones de la artillería alemana y las zonas de reunión del sector del frente de Voronezh.

## I

El terreno para esta épica batalla de tanques se había preparado casi dos años antes, cuando la Wehrmacht no había conseguido invadir la Unión Soviética en la campaña relámpago proyectada por la operación Barbarroja.<sup>6</sup> La larga lista de errores alemanes concretos puede agruparse convenientemente bajo dos epígrafes: sobre-extensión e infravaloración. Ambos reflejaban el sentimiento general de emergencia que había transmitido el Reich de Hitler desde los primeros días de su existencia. El tiempo siempre fue el

principal enemigo de Adolf Hitler. Creía que solo él podría crear el Reich de los Mil Años de sus visiones, y con ese fin estaba dispuesto a correr los riesgos más extremos.

Los generales de Hitler compartían este arriesgado modo de pensar y aceptaron las visiones apocalípticas que lo acompañaban. Aquella congruencia forjó la naturaleza racista y genocida de Barbarroja. Peor que un crimen, fue un error enfrentarse a amplios espectros de una población que podía haberse movilizado para trabajar por y para los conquistadores y, en algunos casos, incluso haber actuado contra el sistema soviético. Pero comportarse de otra manera habría requerido que los nazis fueran algo diferente a los nazis y, quizás, que los generales alemanes no fueran generales alemanes, al menos cuando se enfrentaran a los bolcheviques eslavos.

Más significativo fue un plan operativo que carecía de un objetivo decisivo. En lugar de ello, las puntas de lanza acorazadas de Barbarroja estaban dispuestas en lo que parecía una línea de salida en direcciones extrínsecas hacia Leningrado, Moscú y Kiev y cada vez más agotadas al ser trasladadas de un sector a otro para enfrentarse a emergencias a medida que el Ejército Rojo se defendía con fiereza y eficacia. Por detrás del frente, el gobierno soviético movilizó recursos y desarrolló capacidades para frustrar la invasión, tomar la iniciativa y desacreditar el mito de una capacidad bélica alemana inherentemente superior.

El resultado inicial fue un estancamiento cuando las contraofensivas soviéticas hicieron tambalearse a la Wehrmacht pero no consiguieron destruirla. Durante el invierno de 1941-1942, ambos bandos se reagruparon y se reformularon. El 5 de abril de 1942, Hitler promulgó la Directiva 41,<sup>7</sup> que trazaba las líneas maestras del plan operativo para el verano de 1942. Su foco se pondría en el sur: una gran campaña hacia el Cáucaso para destruir a las fuerzas soviéticas en la región y apoderarse de los campos petrolíferos vitales para el esfuerzo bélico tanto soviético como alemán.

Un objetivo secundario era Stalingrado<sup>8</sup> —no por sí misma, sino para cortar el río Volga, aislar a los rusos al sur de esta ciudad industrial y cubrir el principal flanco de asalto.

Las metas de la ofensiva no eran menos ambiciosas de lo que habían sido las de Barbarroja. Se lanzaría sobre un frente de 800 kilómetros. Sus objetivos crearían un saliente, una protuberancia de más de 2.000 kilómetros —algo así como la distancia desde Nueva York al centro de Kansas.— Las redes de carreteras y ferrocarriles se estirarían a medida que avanzaran los alemanes. Programar el ataque principal para finales de junio dejaba, en el mejor de los casos, cuatro o cinco meses antes de que la lluvia y la nieve pusieran fin a las grandes operaciones móviles. Incluso si la ofensiva tenía éxito, no existía garantía de que la Unión Soviética se derrumbara o dejase de combatir *de facto*. Tenía otras fuentes domésticas de petróleo. Contaba también con el apoyo de Estados Unidos y Gran Bretaña, comprometidos en mantener a la Unión Soviética en la guerra a toda costa.

No obstante, para Hitler y su alto mando la operación tenía sentido. Ofrecía la oportunidad de consolidar la posición militar y económica del Reich contra el establecimiento de un segundo frente en Europa, algo que Hitler consideraba posible en una fecha tan temprana como 1943. Extendía la guerra terrestre hasta Asia Menor y más allá, donde los rendimientos inmediatos y las posibilidades parecían algo más sencillos. Y ofrecía una segunda oportunidad al ejército alemán para hacer lo que hasta ese momento había hecho mejor: vencer en una campaña móvil en un tiempo limitado.

Inicialmente, Stalin y sus principales consejeros militares esperaban que los alemanes atacasen, pero en dirección a Moscú, repitiendo su movimiento final de otoño de 1941. El líder supremo, el Vozhd, propuso responder tomando la iniciativa tan pronto como fuera posible con me-

dia docena de ofensivas locales a lo largo de todo el frente. Sus planificadores del Estado Mayor eran menos optimistas y se mostraban menos ansiosos. El jefe del Estado Mayor Boris Shaposhnikov, y Aleksandr Vasilevsky, que asumió el puesto en mayo de 1942, cuando Shaposhnikov renunció debido a su precario estado de salud, esperaban que los alemanes atacaran<sup>9</sup> de nuevo. Que volvieran a romperse los dientes contra las defensas del Ejército Rojo, y entonces los soviéticos montarían un contraataque a escala total. Los comandantes de campo como Semyon Timoshenko y Gueorgui Zhukov, que habían sufrido y desafiado la primera embestida alemana, tenían sus dudas sobre dispersar la fuerza de un ejército que todavía estaba reconstruyéndose, escaso de hombres y material a todos los niveles. Pero Zhukov no era, al menos todavía, el hombre que contraría- ría directamente a Stalin. Y Timoshenko creía que su sector de mando sudoccidental ofrecía una oportunidad para una gran ofensiva que reconquistase la ciudad de Kharkov,<sup>10</sup> en manos alemanas desde octubre de 1941. Stalin aprobó el plan.

Para el 12 de mayo, los hombres y el material estaban en su emplazamiento. Durante los primeros días, se consiguió una serie de éxitos locales. Entonces, las fuerzas aéreas y blindadas alemanas contraatacaron. Les llevó tres días reducir a prisioneros y cadáveres el ataque del Ejército Rojo: seiscientas mil bajas, dos ejércitos completos, y dos de los nuevos cuerpos de tanques destruidos. Las bajas alemanas totalizaron veinte mil, que no era poca cosa, pero suponía una proporción de intercambio que sugería con fuerza que Iván<sup>a</sup> todavía no suponía un desafío para los tanques de Hitler a ningún nivel.<sup>11</sup>

De hecho, la ofensiva soviética sufrió tanto a causa del mal trabajo de su Estado Mayor, unos servicios de espionaje y reconocimiento deficientes y una logística inadecuada como a causa de la sofisticación táctica alemana. Para un

Führer y un alto mando todavía preocupados con enderezar la línea en los frentes norte y central, y con limpiar la península de Crimea, defendida con tanta testarudez, Kharkov parecía, no obstante, una señal de la propia Belona<sup>b</sup> en el sentido de que ni siquiera tendría consecuencias retrasar la ofensiva principal para pulir detalles y reemplazar las pérdidas. De hecho, un comienzo tardío podría tener ventajas: cuanto más rápido fuese el ritmo, menos eficaz sería la respuesta soviética.

Iniciada el 28 de junio, la operación Azul desgarró ampliamente el frente Sur. Su plan era audaz hasta el punto de inquietar. Una punta de lanza acorazada, el Cuarto Ejército Panzer, iba a presionar hacia el río Don y el eje ferroviario y el centro industrial de Voronezh, para girar entonces hacia el sur a fin de atrapar y liquidar a los Rojos empujados hacia el este por el Primer Ejército Panzer y su infantería adjunta. Entre tanto, el Sexto Ejército avanzaría hacia el Volga y Stalingrado, mientras que el Primer Ejército Panzer golpearía en el Volga en dirección a Bakú y el Cáucaso.

Stalin y su alto mando, la Stavka, respondieron lanzando una serie de ofensivas contra los Grupos de Ejércitos Norte y Centro y enviando sus fuerzas de reserva que aumentaban continuamente en sucesivas ofensivas alrededor de Voronezh. No fueron meros contraataques,<sup>12</sup> sino que formaron parte de un esfuerzo sistemático para recuperar la iniciativa estratégica asegurada en diciembre de 1941 y que ahora parecía desvanecerse. Este esfuerzo se frustró por una ejecución sistemáticamente pobre, tanto desde el punto de vista operativo como administrativo, en los escafolones subordinados. Intentar compensarlo mediante la microgestión solo agravó el problema. Los alemanes averiguaban sistemáticamente la toma de decisiones del Ejército Rojo y su puesta en funcionamiento y siempre se adelantaban a las mismas.